

desanimados à muchos de los conquistadores que querian volverse à Cuba; mas no hallando otro medio de conseguir su intento, que el de la sedicion, conjuráronse todos ellos para dar muerte à Cortés à la hora de comer, asesinando à la vez à los capitanes que le eran mas adictos, para apoderarse de todos los tesoros y despojos y volverse à la isla.

Uno de los conjurados, oportunamente arrepentido, le dió aviso à D. Hernando de quanto pasaba, manifestándole que Antonio de Villafaña era el promovedor del alboroto, por lo que al punto lo aprehendió, apoderándose aun de la lista de todos los conspiradores; pero se encontró con que estos eran tantos que le era imposible castigarlos sin debilitarse, de suerte que hizo correr la voz de que aquella lista se la habia tragado Villafaña, à quien hizo ahorcar inmediatamente que confesó su delito.

Concluidos los barcos y profundizado convenientemente el canal, se botaron al agua el domingo 28 de Abril, siendo bendecidos por el padre Olmedo, despues de lo cual se pasó revista à las tropas que iban à poner el sitio, contándose setecientos infantes españoles, ciento diez y ocho ballesteros, ochenta y seis de caballería, con tres grandes cañones y diez y seis pequeños.

Pocos dias despues que llegaron todos los auxiliares, se dividió ya el ejército (20 de Mayo) y se emprendió la marcha. La primera division puesta à las órdenes de Pedro de Alvarado, se compuso de ciento cincuenta infantes, diez y ocho ballerteros y treinta de caballería, con mas de veinticinco mil aliados y dos cañones, divididos todos en tres compañías mandadas respectivamente por Jorge de Alvarado, Andrés de Monjaraz y Gutierrez de Bandajos; estableció su cuartel general en Tlacopan.

La segunda division mandada por Cristobal de Olid deberia situarse en Coyohuacan, y estaba formada por ciento sesenta infantes, diez y ocho ballesteros treinta y tres ginetes y veinte mil aliados con dos piezas de artillería, distribuidos en tres compañías que mandaban Francisco de Lugo, Andrés de Tapia y Francisco Verdugo.

La tercera division estaba à las órdenes de Gonzalo de Sandoval y se componia de ciento cincuenta soldados de infantería, veinticuatro de caballería, diez y siete escopeteros con otros dos cañones y veinte mil auxiliares, mandados por Pedro de Ireio, Luis

Marin y Hernando de Lerma, debiendo fijar su cuartel en Itzpalapan.

Por último la armada estaba à las inmediatas órdenes del Capitan y se componia de innumerables canoas tripuladas por aliados y de los trece bergantines con doce escopeteros, doce marineros, un capitan, un veedor, dos artilleros y un cañon cada uno: eran los capitanes, Rodrigo Morejon de Lobera, Francisco Rodriguez Magarino, Juan Jaramillo, Juan Rodriguez de Villafuerte, Pedro Barba, Juan Garcia de Holguin, Juan de Limpias Carvajal, Pedro de Briones, Juan de Portillo, Antonio de Carvajal, Cristóbal Flores, Antonio de Sotelo y Gerónimo Ruiz de la Mota.

Al ponerse en marcha una de las divisiones trabóse una riña entre un español y un tlaxcaltecatl llamado Pitectetl pariente de Xicotencatl, saliendo herido el indigena; por lo que disgustados sus compatriotas manifestaron su resentimiento, por cuya causa trató el capitan Ojeda de calmarlos, y aunque lo consiguió de muchos, el valiente Xicotencatl, se separó del campamento yéndose para Tlaxcala. Luego que lo supo Cortés mandó à Marquez y à Ojeda con una partida de caballería para que lo aprehendiesen y pidiesen al gobierno de la República autorizacion para castigarlo por traidor, la cual les fué concedida, de modo que aprehendiéndolo volvieron con él à Texcoco en donde ya estaba preparada una elevada horca. Al punto fué ahorcado à la vez que un pregonero anunciaba que aquel castigo se le imponia por traidor y desertor.

Así se juzgaba traidor al único tlaxcaltecatl que no lo era, y se le condenaba à muerte por sus enemigos que se constituyeron en sus jueces!

## CAPITULO VIII.

*Combates durante el sitio.—Derrota de los conquistadores.—Cortés prisionero.—Se resisten los sitiados à capitular.—La peste y el hambre.—Ultimos asaltos.—Es hecho prisionero el Emperador Cuauhtemoc.—Toma de la capital.—Suplicio de los reyes prisioneros.*

**P**OR el dia 20 de Mayo de 1521 empezó el riguroso sitio de México, pues en esa fecha se demolió parte del acueducto que conducia de Chapoltepec la agua à la ciudad, y se encontraron ya

situados en sus respectivos campamentos de Itztapalapan, Tlacopan y Coyohuacan los capitanes de Cortés.

Al pasar este general con su flota por la ribera meridional del lago, al ir á ver el estado de las divisiones, recibió una lluvia de flechas y piedras que le arrojaban desde una encumbrada roca, llamada despues *Peñon viejo ó del Marqués*, desde donde observaban los mexicanos todos sus movimientos y los avisaban á los de la capital por medio de humaredas. Al punto mandó Cortés desembarcar la mayor parte de su gente y sin arredrarse por lo escarpado de la roca, ni por las estacadas que habia puestas, ni por el valor con que se defendia, subió precipitadamente tomando á viva fuerza cada trinchera hasta ocupar la última de la parte superior. Apenas se habia tomado la posicion cuando llegaron á socorrerla innumerables canoas llenas de guerreros; pero despues de permanecer largo rato en expectativa, un viento fuerte hinchó las velas de los bergantines y los arrojó precipitadamente sobre las piraguas, que, no pudiendo resistir aquel formidable empuje, se estrellaban al choque con los barcos ó se sepultaban en las aguas al nutrido fuego de la artilleria, ganando las que pudieron salvarse la calzada que conducia á la ciudad.

La armada castellana despues de perseguir á las fugitivas canoas por mas de tres leguas, llegó al anochecer á un punto llamado Xoloco, lugar de reunion de la calzada principal y la de Coyohuacan, en donde habia dos torreones fortificados, los que tomó despues de una vigorosa resistencia. Como desde aquel punto se podia hacer gran daño á la capital, en la noche lo atacó Cuauhtemoc con desesperado empeño; pero nada pudo conseguir ante las combinadas maniobras del ejército que lo defendia y de los bergantines que lo sostenian desde las aguas.

Una semana entera repitieron diariamente sus asaltos para recuperar aquella posicion, en cuyo tiempo observó Alvarado que por una calzada que entónces se llamaba de Tepeyacac y hoy de Guadalupe, se comunicaba la ciudad con el exterior, recibiendo socorros y provisiones. En tal virtud se previno á Sandoval que ocupase aquel punto con su division, quedando con eso enteramente cerrada la circunvalacion.

Ansioso D. Hernando quiso hacer una entrada general á Tenochtitlan, pero aunque logró penetrar hasta la plaza principal, advirtió

entónces que el enemigo procuraba cortarle la retirada, por lo que ántes que las sombras de la noche aumentaran la confusion, salió de la ciudad ayudado por una seccion de caballeria que se introdujo con ese objeto.

Inmediatamente se le sometieron los pueblos de Tlahuac, Xochimilco, Mixquic, Culhuacan, Mexicaltzingo y Churubusco, que rodeaban la ciudad, con lo que los conquistadores concentraron en ella toda su atencion.

A los tres dias de la primera, hizo Cortés su segunda entrada, llegando otra vez hasta la plaza, de donde no quiso pasar, ocupándose todo el dia en destruir las trincheras y cegar los fosos; se apoderó del teocalli mayor en el que en vano sus compañeros buscaron la cruz é imágenes que habian dejado, pues solo hallaron un nuevo ídolo de Huitzilopochtli del que únicamente les agradó la máscara de oro que tenia y que se apropiaron gustosos.

Por mas de veinte dias consecutivos duraron los asaltos y las entradas, sin otro resultado que ir destruyendo aquella gran ciudad, pues los asaltantes se ocupaban en destruir los parapetos y los edificios durante todo el dia, mientras que por la noche los defensores reparaban sus trincheras y trataban de levantar de nuevo sus hogares.

En una de estas entradas que hizo Alvarado, guiado por su carácter impetuoso no se detuvo en su marcha en cegar los fosos que dejaba tras de sí, de manera que los mexicanos que advirtieron su imprudencia, lo acometieron en su retirada, derrotándolo completamente, pues se retiró en el mayor desorden perdiendo armas y soldados, de los que cinco cayeron prisioneros y fueron luego sacrificados en el templo de Tlatelolco á la vista de sus compatriotas.

Los encuentros navales tambien eran frecuentes. Por esos dias los mexicanos construyeron treinta grandes embarcaciones y ocultándolas entre los espesos tulares, clavaron en las cercanias gruesas y grandes estacas que estorbaran los movimientos de los barcos españoles; entónces unas canoas provocaron á dos bergantines de la armada y fingiendo una retirada los atrajeron á la emboscada en donde estuvieron en grave riesgo de caer en su poder, y aunque lograron escapar, tuvieron pérdidas de consideracion, pues entre los que murieron se contaron los dos capitanes Juan de Portillo y Pedro de Barba.

Esta derrota, hizo que el conquistador á los pocos dias les preparara á los indigenas la misma celada, en la que cayeron perdiendo gran número de canoas.

Cansados ya los españoles de aquellas fatigas y sin esperanza de obtener una capitulacion, pues Cuauhtemoc habia dejado sin respuesta cuantas proposiciones se le habian hecho, urgian al general para que tomara posiciones dentro de la capital. Cortés por mostrarse consecuente, con los deseos de sus soldados, ordenó el asalto general para el dia 28 de Junio, el cual llegado, se emprendió la marcha con direccion al mercado de Tlatelolco, que como se ha dicho ya, era un barrio de México, por las tres calles que de Tlacopan conducian á aquel lugar: D. Hernando con cien infantes, veinticinco ballesteros, ocho caballos y buen número de aliados, se dirigió por la calle mas angosta; por la principal iba el tesorero Julian de Alderete con setenta peones, ocho caballos y veinte mil tlaxcalteca, y por la última calle tomaron Jorge de Alvarado y Andrés de Tapia con ochenta infantes y diez mil auxiliares, protegidas las tres columnas por seis piezas de artillería.

Bien pronto se trabaron distintos combates en las primeras cortaduras que encontraron, renovándose en cada una de las siguientes, no obstante lo cual, casi llegaban ya al mercado cuando Cortés por vigilar á las otras dos secciones cortó por una calle para ir incorporarse á ellas; mas apenas llegó cuando vió que retrocedian en completo desorden.

Aunque habia ordenado que no se internasen sin dejar ántes bien cubiertos los fosos y cortaduras que fueran dejando á retaguardia, Alderete no cumplió con tan prudente mandato; de suerte que los mexicanos que tal cosa vieron, aflojaron en la defensa, dejando que los extranjeros entrasen con facilidad; una vez avanzados se oyó el lúgubre sonido del atambor sagrado, y por todas partes se arrojaron sobre el descuidado grupo poniéndolo en precipitada fuga.

En vano quiso Cortés contener aquella acobardada muchedumbre: los de atrás arrollaban á las que adelante trataban de hacer frente, y por todos lados los guerreros de Cuauhtemoc se arrojaban sobre ellos. En aquella lucha fué envuelto el valiente Capitan que cayó en tierra de una herida que recibió en una pierna y sin poder defenderse cayó en poder de los azteca. Llevábanlo ya al sacrificio

cuando el bravo Cristóbal de Olea (1) se arrojó á caballo sobre el que lo tenia cautivo y de un tajo rebanóle el brazo, dando con esto tiempo á que llegara en su ayuda un capitan tlaxcaltecatl nombrado Teamacatzin y luego un llamado Lerma con el page Cristóbal Guzman, y el capitan Antonio de Quiñones, y pudieran salvarlo, con gran trabajo y sensibles pérdidas.

Entre tanto Alderete que luchaba por apoderarse de una trincheira emprendió violentamente la retirada al ver que de una casa le arrojaron tres cabezas españolas diciéndole Malinche Malinche, á la vez que á Cortés le arrojaban otras con los gritos de Tonatiuh, Sandoval! (2)

Todavía despues de la derrota, cuando ya se encontraba el ejército en sus tiendas, volvieron á sonar el *tlapanhuehuatl* en lo alto del teocalli; era que sacrificaban entre fiestas y danzas á los desgraciados blancos que acababan de aprisionar.

El triunfo de Cuauhtemoc alentó á los mexicanos que confiando en las palabras de sus sacerdotes esperaban que Huitzilopochtli los salvaria; mandaron á los pueblos vecinos las cabezas de los extranjeros que habian muerto, logrando que algunos desertasen de las banderas del conquistador, y emprendieron algunas salidas por sus reales.

Pocos dias despues y cuando empezaba á sentirse en la ciudad sitiada la escasez de provisiones, envió Cortés á unos prisioneros para que le ofreciesen la paz al Emperador, quien reunió una junta en que se rechazó la oferta, declarando entónces el joven rey que morirían mejor los mexicanos peleando, que verse en poder de los que los harian esclavos.

Otro buque perteneciente á Ponce de Leon el descubridor de La Florida, llegó en aquellos dias á la Villa rica, marchando luego sus tripulantes y soldados á presentarse al Capitan general, llevando buena cantidad de municiones. De manera que con este refuerzo

(1) Parece dudoso que el mismo Olea que en Xochimilco libertó á Cortés, recibiendo por ello tres heridas, volviera á arrebatarlo del poder de sus enemigos, pagando en esta vez con la vida su lealtad; pero el verídico Bernal Diaz así lo afirma aun identificando su persona en ambos pasages al referir que era natural de Medina dal Campo en Castilla la Vieja.

(2) Despues que los cónsules Libio y Neron vencieron á Asdrubal en la famosa batalla del Metauro, arrojaron su cabeza al campo de Anibal, que al sentir herido su corazon de hermano y sus esperanzas de guerrero, con la vista de aquel sangriento despojo, no pudo ménos que decir: Reconozco la fortuna de Roma.

y el de otros indios que se le habian sometido, se acordó ya un plan de campaña que prometia mas seguros resultados.

Se formó por Cortés un cuerpo de zapadores compuesto de mas de cien mil indios armados de *coas*, palas y otros instrumentos y se ordenó que mientras se sostenian los asaltos aquellos destruyeran completamente las casas y edificios, rellenando con sus escombros los fosos y cortaduras. Ya era mucho lo que entónces se habia destruido, pero como no bastaba tumbar los templos u otros edificios de consideracion, pues cada casa se convertia en fortaleza desde donde hostilizaban sin cesar á los conquistadores, tuvo necesidad D. Hernando de tomar aquella medida.

Repetiéronse los combates cada dia, necesitando los españoles para ir reduciendo el sitio, no solo destruir las casas, sino aun tirar los escombros, pues tras de ellos se parapetaban aquellos valientes defensores.

En principios de Agosto la populosa Tenochtitlan estaba convertida en ruinas; apenas quedaban en pié la plaza principal, el teocalli y unas cuantas casas; sus habitantes á pesar de su frugalidad no tenían ya que comer y estaban débiles y hambrientos; toda la superficie estaba cubierta de cadáveres, y la peste ponía el colmo á tantas desdichas.

No eran únicamente los guerreros los que sostenian aquella plaza, pues aun las mujeres se ocupaban en labrar las piedras arrojadas, hacer hondas, preparar las flechas y con una abnegacion sublime compartian con sus maridos los peligros de la guerra.

Ixtlixochitl logró en uno de aquellos diarios combates aprehender á su hermano Coanacotzin que fué encadenado luego, con lo que abandonaron la ciudad los soldados de Acolhuacan.

Reducidos los mexicanos á un solo barrio, el de Tenatitech en el extremo Noreste, se encontraban allí agrupados hombres, mujeres y niños, sin tener un techo en que abrigarse, viviendo á la intemperie y sin poder proporsionarse ni mas agua que la llovediza, ni otros alimentos que algunas sabandijas.

Repetiéronse los asaltos en los dias 7 y 8 de Agosto en que los que perecieron mas de tres mil de los defensores, despues de cuyos combates ofrecióles Cortés un acomodamiento que rehusaron de nuevo; pero habiendo insistido en que deseaba ver al Emperador se señaló el dia 11 para la entrevista.

Llegado el dia, Cuauhtemoc no asistió, sino que mandó cinco señores principales para que se informasen de lo que queria el Capitan, pues mandóle decir que él no trataria de paz; Cortés envió á los señores mexicanos para que suplicasen á su soberano que acudiera á la entrevista y al dia siguiente muy temprano volvieron á avisarle que ya se disponia á conferenciar en la plaza principal. Luego se presentó D. Hernando, pero aunque esperó tres horas, el Emperador no asistió por lo que comprendió que habia sido una burla.

Dispuso al punto un combate general y al efecto obrando en combinacion mandó á Sandoval que atacase á la ciudad con los bergantines á la vez que él y Alvarado daban el asalto, que fué uno de los mas terribles del asedio.

Pecieron millares de indigenas; "la carniceria fué horrible: el suelo estaba cubierto de muertos, dice Prescott, hasta llegar el caso de que los frenéticos combatientes tuviesen que subirse sobre los montones de cadáveres para poder pelear. El suelo estaba anegado en sangre que corria como agua y que teñia de rojo hasta los canales mismos. Todo era estrépito y horrible confusion. Los horrorosos ahullidos de los indios, los juramentos y maldiciones de los cristianos, los quejidos de los heridos, los lamentos de las mujeres, los llorós de los niños, los rudos golpes de los conquistadores, el estertor de los agonizantes, el rápido y resonante fragor de los mosquetes, el silbo de las saetas, el rechinado y sordo ruido de los incendiados techos que se desplomaban, las densas nubes y columnas de polvo y humo que envolvian á la ciudad en tétrica oscuridad; todo este conjunto formaba una escena espantable que aterró hasta el animoso corazón de los conquistadores, habituados á los duros trances de la guerra y á los horrores de la sangre y de la muerte."

Cuando la noche puso fin á este cuadro desgarrador, el Capitan general dispuso se continuara la lucha al dia siguiente á fin de no perder las ventajas obtenidas; pero al amanecer el memorable martes trece de Agosto de 1521 y cuando se ocupaba en abocar los cañones y prepararse para la nueva entrada, habló con el *Cihuacoatl* ó general de los sitiados, para que convenciese al Emperador á que viniera á tratar de la paz, pues iban todos á morir. Volvió el guerrero aztecatl despues de unas cuatro horas á decirle que Cuauhtemoc queria mejor morir que rendirse ó presentarsele, con lo cual se

ordenó el combate cerca del medio día. Mas que luchas eran degüellos aquellos últimos encuentros, pues los defensores debilitados por el hambre apenas podían sostenerse con el peso de sus armas, sin tener fuerzas para herir à sus contrarios; sin embargo duró la refriega por algunas horas.

Entre tanto varias canoas recorrían rápidamente la superficie del lago y como de antemano sabían los españoles que el Emperador hacia ya días que vivía en una canoa, temiendo Sandoval que lograse fugarse, ordenó à Garcia de Holguin que las persiguiese, pues era su bergantín el mas velero de la armada.

Este capitán de navio desplegando sus velas alcanzó bien pronto las canoas y reconociendo à una por sus adornos por la principal, le intimó se detuviese; los remeros doblaron su actividad por lo que mandó hacerle fuego; pero entonces se detuvo y levantándose el valeroso Cuauhtemoctzin, dijo: "No me tiren que yo soy el rey de México y de esta tierra y lo que te ruego es que no me llegues à mi mujer ni à mis hijos, ni à ninguna cosa de lo que aqui traigo, sino que me tomes à mi y me llesves à Malinche."

Acompañado de Tetzpanquetzaltzin, rey de Tlacopan y de veinte personas principales, fué trasladado al bergantín y conducido à presencia de Cortés; pero en el camino salió Sandoval al encuentro de Holguin y le pidió se los entregase; se resistió éste y tal vez se habria trabado alguna riña, si D. Hernando no hubiese ido al encuentro y no la hubiera evitado con su presencia.

El Capitan lo recibió con la cortesía que en tales casos acostumbraba, mas aquel indómito prisionero le dijo luego que lo vió: "Señor Malinche he cumplido con lo que estaba obligado en defensa de mi ciudad y de mi pueblo y no he podido hacer mas; y pues vengo por fuerza y preso ante tu persona y poder, haz de mí lo que quieras" y poniendo la mano en un puñal que D. Hernando llevaba al cinto, agregó: "Toma luego este puñal y mátame."

Consólole Cortés como pudo, alabó su denuedo, le hizo mil promesas y mandando traer à su esposa Tecuichpo y comitiva, hizo que les sirviesen algun refrigerio. Cuauhtemoc era como ya se ha dicho de veintitres à veinticuatro años de edad, de proporcionada estatura y robusta complexión, de ojos brillantes, color mas blanco que el de sus compatriotas y modales graves é insinuantes.

Los Mexicanos luego que supieron su aprehension, rindieron las

armas y al anochecer de tan funesto día, los españoles se retiraron à sus tiendas apoderándose al día siguiente del resto de la que habia sido Tenochtitlan México, y que consistía entónces en un reducido monton de escombros y cadáveres.

Las pérdidas de los mexicanos se calculan aproximadamente en ciento cuarenta mil hombres, de los que cincuenta mil murieron por la peste; por parte de los sitiadores, fué reducido el número de los españoles muertos, aunque los auxiliares perdieron cerca de treinta mil.

Así concluyó su vida independiente aquel pueblo que à pesar del aislamiento en que siempre vivió, fué el que alcanzó un grado superior de civilizacion contándose por esto como el primero de la América.

Setenta y cinco días duró el riguroso sitio de Tenochtitlan durante el cual no pasó uno solo sin que la sangre de sus defensores no se derramara en la ciudad ó en sus alrededores; setenta y cinco días duró la destruccion de la ciudad tan heroicamente defendida por un pueblo bárbaro!

Cortés hizo llegar de diferentes partes, maíz y otras provisiones y despues de solemnizar su triunfo con orgías y procesiones, se ocupó en recoger el oro y demás riquezas que tanto alhagaban su codicia y la de sus compañeros.

Habian visto únicamente los tesoros de Axayacatl y formaban una inmensa riqueza, de suerte que se prometían despojos riquísimos; pero cuando le presentaron à Cortés todo el oro recogido le pareció bien poco por lo que dijo que solo el que habian perdido ellos en la *noche triste* era mas que el que veía; los mexicanos contestaron que los de Tlatelolco lo habian tomado; replicaron éstos que todo lo habian devuelto, poniendo Cuauhtemoc fin al altercado diciendo con severidad que no habia mas oro que aquel. Una vez fundido se vió que apenas exedió de veinte mil onzas, y como esta suma tenia que repartirse entre todos los soldados despues de sacar el quinto del rey, les correspondia una cantidad tan pequeña que no satisfacía sus esperanzas, por lo que muchos se negaron à recibirla.

Como otras veces Cortés les habia defraudado su botín, y aun habia llegado à cambiarles esclavos, poniendo gente anciana ó deforme en lugar de los mozos de servicio, naturalmente empezaron las murmuraciones contra él, asegurando que por apoderarse de

las riquezas las habia ocultado de acuerdo con el monarca mexicano. Julian de Alderete tesoroero del rey, fué uno de los que mas crédito dieron á semejante suposicion y como Cortés por librarse de tal cargo, hiciese recaer todas las sospechas sobre Cuauhtemotzin, diciendo que él las habia escondido, entónces pidiéronle empeñosamente que le diera tormento para que dijese donde las habia ocultado.

Se prestó Cortés á tan grande infamia é hizo untar aceite en los piés y en las manos de los reyes de México, y de Tlacopan poniéndolos luego en una hoguera. El ánimo mas fuerte se extremece ante tan cruel suplicio y se sorprende de encontrar tanta entereza en aquellos desgraciados príncipes, pues fué impotente para arrancarles no solo su secreto, pero ni siquiera una queja.

Tetlepanquetzal conmovido por el dolor dirigióle apénas una mirada significativa al denodado Cuauhtemoc, que se limitó á decirle con una serenidad espartana: "*Estoy yo acaso en un deleite ó baño?*"

Viendo entónces D. Hernando que todo era inútil horrorizado de tanta crueldad y avergonzado de su proceder, los mandó quitar de la hoguera, "antes de que fuera tarde, dice Prescott; sin embargo de que ya lo era para libertar su nombre de una mancha indeleble." (1)

Después dijo Cuauhtemoc que cuatro dias ántes habia arrojado á la laguna todos los tesoros que buscaban, y aunque buenos nadadores y buzos trataron de sacar aquellas riquezas, solo encontraron en un estanque un sol ó calendario redondo de oro maciso y de gran diámetro.

(1) En la pesquisa secreta que años mas tarde, levantó la primera Audiencia, se lee lo siguiente ".....Otro si se le hace cargo al dicho D. Hernando Cortés, que después que se ganó esta Ciudad tomó en su poder á Guatemala, Señor de ella é á otros muchos señores é los tubo en su casa con poco temor de Dios; e con cobdicia desordenada, mandó dar é dió tormentos de fuego á los susodichos, para aber el oro de Montezuma; y el dicho Guatemala quedó lisiado de los pies de los tormentos que rreibió; é así mesmo asó un indio muy prencipal, estando vivo, por lo susodicho, fasta tanto que murió." (Coleccion de Documentos inéditos de Indias, tomo 27, pág. 23.)

"A los treinta é dos cargos que se le ponen, contesta Garcia de Llerena apoderado del conquistador, que atormentó á Guatemala é á otros indios por aber el oro é xoyas que ellos ternian, se rresponde: que si el dicho D. Hernando Cortés ATORMENTÓ á Guatemala é á los demás señores que disce, seria é fué á pedimento é rrequerimiento de los oficiales de Vuestra Magestad é del Thesorero Alderete, porquel dicho Thesorero se obiese para Vuestra Magestad, creyendo que los dichos yndios lo ternian, é non para lo quel dicho cargo disce; e los tormentos no fueron tales como en el dicho cargo se contiene, e se dieron contra la voluntad del dicho D. Hernando Cortés." (tomó cit. págs. 239 y 240.)

## CAPITULO IX.

*Ligeras consideraciones sobre la conquista de México y sobre la persona del conquistador.—Cristobal de Tapia.—Reedificacion de la ciudad.—Expedicion de las Hibueras.*

**T**ODO ha cambiado en el territorio de Anáhuac.

Dueños los conquistadores de él, le imprimieron nueva y diferente marcha, segun los sentimientos que entónces prevalecian; pero antes que juzgar los sucesos posteriores es necesario formar un juicio acerca de la conquista y del hombre que la llevó á cabo. Indudablemente que lo que entónces se llamaba *derecho de conquista* es una de tantas aberraciones del entendimiento; pues jamás puede existir un verdadero derecho para que una nacion se apodere de otra tan libre como ella, y le quite su independencia y soberania. El *derecho de conquista* no es otra cosa que el *derecho de la fuerza*.

Nada importa que se invoque la civilizacion mas aventajada del pueblo conquistador, porque si tal superioridad concediera tal derecho vendríamos á parar al absurdo de que un solo pueblo, el mas aventajado, tendria facultad de sujetar á todos los demas que fueran algo ménos cultos. La igualdad de las naciones es la base del derecho internacional, lo mismo que en el hombre es un derecho natural

Tambien el Sr. Alaman emplea esta misma defensa: "Cortes, dice, se hallaba en este caso en la misma situacion en que Tácito representa al Emperador Oton, cuando á su pesar mandaba quitar la vida á los ministros y amigos de su antecesor Galba. Tenia bastante autoridad para mandar cometer el crimen; pero no para impedirlo," dice aquel escritor, que con esas pocas pinceladas ha pintado tan al vivo la posicion en que se encuentra un gefe que debe su autoridad á la muchedumbre por medio de una revolucion, y que tiene que ceder á la voluntad caprichosa de los que le elevaron al poder." (Disertaciones, tomo 1.º págs. 154 y 155.)

Estas defensas son muy débiles para librar á Cortés de la fea mancha de cruel, alevé y codicioso; pues habia dado espontáneamente su palabra á Cuauhtemotzin de que lo trataria bien y debió haberla cumplido. En otras condiciones mucho más criticas habia dominado á sus soldados, era un hombre demasiado energético para dejarse dominar por aquellos á quienes tenia sujetos y en quienes ejercia un ascendiente completo. Nada le habria sido mas fácil que impedir aquel suplicio si lo hubiera querido; pero aun SUPONIENDO que no lo pudiera hacer, no le valdria esa disculpa, como no le valió á Pilatos el lavarse las manos, ni el hacer recaer la sangre de Cristo sobre las cabezas de quienes la pedian, para librarse de la ignominia de la posteridad. "Cubrir tamaña injusticia en tan eminente carácter de la reprobacion del género humano, es privar á la historia de uno de sus mas importantes fueros," segun la elegante expresion de Washington Irving.